

## *Ex-princesa*

La puerta del antiguo monasterio se cerró estrepitosamente, reverberando en toda su superficie y haciendo que los goznes se separasen un poco más de los marcos en su inexorable proceso de desprendimiento. La ATS le ofreció esperar en el control de enfermería, donde estaban los auxiliares viendo la televisión, pero ella se negó. Preguntó si aún estaba por allí Esperanza. La enfermera asintió, le indicó que estaba en la sala grande de la televisión y le permitió ir a dar una vuelta con ella por los jardines del hospital. Sin más dilación fue a su encuentro y “Espe”, como a ella le gustaba llamarle, la recibió con una cándida sonrisa de maltrechos dientes. Cogió entonces la silla de ruedas y se llevó a la enferma, como le decía siempre, “a ver la luz del sol”. Mientras salían por la puerta lateral, que era la que tenía una rampa habilitada, pensó en lo irónico de todo aquel lugar. Un monasterio, lugar de oración y descanso del alma, convertido en un manicomio, prisión de endemoniados que no encontrarán paz en ninguno de los mundos, ni en este ni en el que creían los que yacen bajo el suelo que ahora pisaban. La dulce Espe iba canturreando en su silla una nana que le cantaba a sus dos hijos antes de que se fuesen a dormir y antes, claro, de que sólo pudiera verlos los domingos, cuando dejaban que su marido se los llevase. Recordaba aún, con una mezcla pena e incomprensión, la trágica historia de Espe, contada por una de sus compañeras de habitación en su primera estancia en aquel lugar. Esperanza, irónico también su nombre, era en apariencia, a los ojos del mundo frenético que la rodeaba, una chica normal, casada con un chico que aun levantaba los suspiros de sus compañeras más jóvenes en sus visitas, y con dos hijos, la parejita, niño y niña. Pero tanto en su historial médico como en los corazones de quienes la querían, otro adjetivo la definía. Espe era depresiva crónica. Y podía haber seguido así, y en su casa, con un tratamiento que le permitiera seguir con relativa normalidad su día a día y una reserva de ansiolíticos, Tranquimazin y drogas varias para las “ocasiones especiales”. Pero Esperanza no era una enferma fácil. En unos de sus furtivos abandonos de las pastillas la enfermedad intentó cumplir su cometido y Espe se tiró de la cuarta planta de un edificio. Desgraciadamente no se mató, si no que quedó parapléjica y deformada en aquella silla de ruedas que ahora rodaba entre setos mal recortados. Por veces estaba gruñona y en su dialecto ininteligible y con furiosos ademanes daba a entender que no quería comer, aunque casi siempre estaba

llorando, y llegaba a gritar desgarrada aferrando la foto de sus pequeños, mientras la carcomía un odio destinado a los que allí la mantenían y no a la enfermedad que no reconocía padecer.

El paseo llegaba a su fin, pues el desayuno de los demás enfermos iba a comenzar y, tanto ella como Espe debían volver al hospital. Entraron. Decidió dejar a Espe en la sala en la que la había encontrado y fue a ver la que sentía como su habitación. En aquella unidad de somática del hospital psiquiátrico, sus “compañeras” tenían reservadas para ellas dos habitaciones con tres camas cada una, y así seguiría pese a los esfuerzos del equipo médico por aumentar el número de plazas si no se le antojaba a ningún político lucirse en alguna campaña de elecciones. A ella le tocaba siempre la primera, y allí se dirigió. Entró en el cuarto de paredes inmaculadas, techo inalcanzable y ventanas oblongas. Sabía exactamente lo que buscaba, así que fue a la mesilla de la cama de en medio y abrió el cajón. Tenía que hacerlo ahora, antes de que las demás llegasen y tomasen la suya como una incursión en la pobre vida privada que llevaban allí, con mirillas hasta en las puertas de las duchas individuales para que los auxiliares pudiesen espiar cualquier movimiento sospechoso. Apartó las revistas de la propietaria actual de la cama de en medio y lo encontró, allí estaba la inscripción que años atrás ella había escrito y nadie se había molestado en borrar, pese a que podía ser más nociva para las que estaban allí que lo que pudiesen hacer en quince minutos de ducha diaria (teniendo como tenían prohibido entrar con cuchillas de depilar). Se podía leer, en letras que imitaban a las de los graffitis: *“Nadie dijo que fuese fácil llegar a ser una princesa”*. Aquella frase, credo de los blogs de Internet que continuamente visitaba cuando se quedaba en casa a estudiar o alguna noche en la que no conseguía conciliar el sueño, había permanecido en ese cajón incitando a otras muchas como ella a querer pertenecer a esa realeza. Clase noble encabezada por Victoria Beckham, Kate Moss o una verdadera princesa como Letizia, por mucho que la prensa nacional maquillase su extrema delgadez en términos de “brazos fibrosos” o “figura atlética”. Sangre azul que en el intento de conseguirla a base de carreras de kilos, ejercicio físico desenfrenado, diuréticos y quemagrasas (válidos desde el limón o el vinagre hasta los lavavajillas), torturas con frío y autolesiones, purgas y ayuno casi total, se envenenaba a causa de la hipopotasemia que acababan padeciendo las aspirantes al título.

Meneó la cabeza para librarse de aquellas cavilaciones y reparó en el reloj, las 9:15, tendría que darse prisa si quería que le diese tiempo a organizar sus cosas antes de la revisión, así que se dirigió a la sala de control. Una vez allí pidió a la enfermera

educadamente que la dejase pasar a recoger su “equipaje”, que depositó donde siempre, acostumbrada a tomarse aquello ya como una rutina. Examinó cada uno de los bultos y repasó mentalmente la lista de cosas que debería haber llevado. En cuanto llegó al nombre de un medicamento se detuvo, insegura de haberlo traído con ella. Rebuscó nerviosa en la mochila donde creía haberlo escondido estratégicamente y acabó por hallarlo en el lugar más inoportuno y vulnerable, el bolsillo delantero. En aquella cajita se podía leer: “Topamax”, en grandes letras negras enmarcadas por dos bandas rojas a cada lado. Ella sabía que aquellas pastillas tenían un valor incalculable para sus “compañeras”. Se trataba de unas píldoras que les eran suministradas a las pacientes de bulimia en grados extremos de ansiedad, y que tenían el efecto secundario de producir en ocasiones una bajada de peso. Esta última característica, y no su finalidad terapéutica, era la que las hacía ser tan codiciadas por aquellas “infantas”, que llegaban a pagar por ellas precios desorbitados en Internet e incluso a fingir o provocarse los síntomas de dicha enfermedad para ser tratadas con aquel milagro “quitakilos”. Por eso debía esconderlas, nadie más que ella debía saber que las llevaba, aunque esta vez no las hubiese ocultado en el bote de la mascarilla para el pelo aprovechándose de que la boca del mismo permitía que cupiesen los blisters, salvándolos de la incómoda revisión que los auxiliares hacían del equipaje cuando entrabas allí. Pero los auxiliares no eran infalibles, algunos a veces despistados o quizá compasivos con la intimidad de aquellas chicas, lo que le había permitido colarlas en ocasiones no planificadas como esta.

Volvió a mirar el reloj, las 9:20, era asombrosa la rapidez con la que había hecho todo, se merecía un poco más de viento fresco antes de encerrarse de nuevo en aquel sórdido lugar. Avisó a la enfermera, que estuvo de acuerdo y fue a abrirle la puerta, cerrada siempre con llave. Por veterana podía salir ya sola, sin que uno de aquellos ineptos auxiliares la acompañase, y además le caía bien aquella enfermera con la que acordó pasearse unos veinte minutos por los jardines. Nada más abrir la puerta el viento le alborotó el pelo, y dando un paso al frente se dejó acariciar por los tenues rayos del sol, al tiempo que el frío de aquella mañana de septiembre le erizaba el vello de los brazos. Recordaba la primera vez que había tenido esa sensación de libertad con total nitidez. Había sido el día en el que salió del primer ingreso, cuando sus padres vinieron a recogerla y aquel primer contacto con el exterior la había colmado de felicidad. Se sentía por fin de nuevo en la tierra, sumergida en sus colores, en sus olores, en su tacto de brisa matutina y briznas doradas, en el “yo” que había perdido alienada allí dentro. Pero esta vez la sensación no era la misma, su libertad era “condicional”, pues esta vez

venía para quedarse. Esta vez no la esperaba un verano cálido, si no un sol acechado de nubarrones de tormenta que además perdería de vista en cuanto se internase en aquel edificio. Intentando evitar que la pesadumbre contaminase aquella bella evocación, comenzó a bajar las escaleras de la entrada y tomó un rumbo distinto al que había seguido anteriormente con Espe, pero sin duda familiar. En un paseo como el que se disponía a emprender había descubierto por qué siempre era necesario que las acompañasen. Al principio no lo entendía, pues razonaba, dentro de la lógica que la falta de glucosa le permitía producir a sus neuronas, que, dejándolas salir tan poco como las dejaban podían esperar de ellas una conducta normal en agradecimiento a aquel privilegio que los enfermeros les permitían obviando las recomendaciones de la doctora. Craso error o inocente reflexión aquella, como descubrió, años atrás, en un recorrido que ahora rehacía. Subiendo por aquella pendiente, Almudena le había confesado, rezagándose un poco del resto del grupo, que quería escaparse. Pero no quería escaparse porque no soportase aquella prisión endemoniada, pues ya había recalado allí muchas veces, si no porque así la doctora la daría por imposible, pudiendo cumplir su cometido de princesa sin reino al margen de un control médico que se lo impedía. La idea pasó de parecerle absurda a atractiva, pero ella no estaba en las mismas condiciones que Almudena, era tan sólo su segundo ingreso y a ella la doctora no la daría por imposible, si no que la ataría a la cama como castigo y para poder así mejor “cebarla como a un capón de Villalba”, como le había dicho al ingresarla allí. Siguieron andando y al doblar la esquina en la que se encontraba la barrera para dejar pasar a los coches al recinto, Almudena comenzó a correr todo lo que sus atrofiados músculos le permitieron, que fue lo suficiente como para burlar a las auxiliares que las acompañaban. Aprovechando el revuelo que se armó, ella aprovechó para correr también, pero en dirección al hospital para informar de lo sucedido a la enfermera, que una vez enterada avisó a los guardias de seguridad, que tampoco pudieron hacer nada por frustrar la huída. Horas después en el control de enfermería se recibió una llamada, los padres de Almudena telefoneaban para decir que su hija estaba en casa, y que la llevarían al día siguiente de vuelta a la unidad. Y en efecto Almudena volvió para el desayuno del día siguiente, en el que ya no necesitó comer para seguir recuperándose, pues había conseguido lo que quería. La doctora apareció allí pese a ser miércoles (pues siempre visitaba los viernes), y habló con ella en exclusiva. Almudena volvería a casa, pero pasaba a prevención terciaria. Ella sabía ya lo que significaba eso, la había diagnosticado como paciente crónica, y de ahí que a partir de ese momento su tratamiento se redujese a estabilizar sus parámetros

fisiológicos cada vez que se desmayase por inanición o carencia de potasio por las purgas. Ya no sería tratada más psiquiátrica o psicológicamente, sólo se limitarían a mantenerla con vida, y a duras penas, en su casa, adonde trasladaban así su calvario y el que padecerían aquellos que la rodeaban.

Ahora se encontraba en frente a aquella salida, y reprimió el impulso de correr en una u otra dirección, resignándose no sólo a volver al hospital si no a hacerlo “pacíficamente”, disfrutando de los últimos rayos de sol que aquel día le brindaría. Bajó entonces la pendiente, y se encontró por fin con la puerta del antiguo monasterio. Respiró hondo antes de entrar, pues sabía que tardaría en salir de aquel lugar que le causaba repulsión. Se detuvo ya cuando su mano acariciaba el timbre que comunicaría su llegada al interior. “Es casi imposible escaparse”, pensó con total conocimiento de causa. “Aparte de Almudena, que no llegó a escapar del interior del edificio, sólo Jessy consiguió escapar, y lo hizo tras planear durante un año como desmontar con las rudimentarias o inapropiadas herramientas con las que contaba la ventana de uno de los baños, pues las de las habitaciones daban todas ellas hacia un oscuro patio interior”. Ella había rechazado antes la oportunidad que Almudena aprovechó en su día y tampoco esperaba quedarse allí un año para repetir la proeza de Jessy, pero eso ya no importaba, así que presionó el interruptor. La enfermera entreabrió la puerta y, al ver que era ella sonrió levemente, haciéndose a un lado para que pasase al interior. Cuando ella estuvo ya dentro, la enfermera volvió a cerrar la puerta con aquel llavero siempre tan repleto llaves indistinguibles para ella y le comunicó que las chicas estaban ahora haciendo sus dos horas de reposo. Ella ya lo sabía, pero le agradeció la información y le pidió que le abriese el cuarto al que ahora debía dirigirse. La enfermera recuperó el manajo de llaves del fondo del bolsillo de su bata, la acompañó hasta la puerta y se la abrió. Ella volvió a agradecerse, entró en la habitación donde ya antes había dejado sus cosas, y se disponía a abrir las cortinas cuando la enfermera la interrumpió. Traía unos papeles que ella debía firmar para formalizar el ingreso. Para no tener que rebuscar en la mochila en la que los guardaba, pidió a la enfermera un bolígrafo. Comprobó en un bloc de notas que había por allí que escribía y firmó con sus apellidos, como hacía tan solo de unos meses a esta parte. La enfermera se llevó los documentos complacida y ella pudo finalmente, y no sin esfuerzo dada la altura de la que colgaban, descorrer las cortinas. Al mirar por la ventana que había quedado al descubierto observó que ya se había teñido el cielo de gris augurando la inexorable lluvia, y que además la barrera que cerraba o permitía el paso a los coches se abría ahora para dejar pasar a uno cuya copiloto le era

de sobra conocida. Desanduvo sus pasos regresando al escritorio, donde revisó sus notas y apuntes. Llamó a la enfermera, que acudió diligente, y le pidió que llamase a Rocío. Mientras la ATS cumplía lo encomendado, ella podía oír alejarse sus pisadas por el corredor, tomó asiento y ordenó los papeles del escritorio, poniendo un folio en blanco y un bolígrafo a un lado, que pronto utilizaría. Al poco tiempo oyó dos golpes tímidos en la puerta y permitió la entrada. Un frágil cuerpo se deslizó pasando al interior de la habitación y corrió a sentarse frente a ella. Aun así los ojos de Rocío rehuían sus miradas, que intentaban resultar comprensivas, incitándola a que hablase. Aquellos ojos delataban a cualquiera de aquellas “compañeras”, no sólo se escurrían de las miradas ajenas, a las que tenían un horroroso pavor, si no que carecían de brillo. Estaban apagados, en consonancia con el ser atormentado que los poseía, y había que tener mucha fe y esperanza para descubrir en ellos los rescoldos de una felicidad pasada que, cual ave fénix, resurgiría de sus cenizas contagiando a todos los átomos de aquel organismo, eclipsando todas las angustias de aquel alma. Y entonces la vida volvería a tener sentido para ellas, y para todos los que con ellas habían sufrido que estuviesen enfermas.

Rocío interrumpió sus pensamientos decidiéndose a hablar, sin mirarla y como si estuviese confesando su culpabilidad de un delito:

– Doctora Castro, me he vuelto a purgar- y acto seguido se desmoronó ante ella, llorando, dándole mil y una excusas que pretendían justificar lo sucedido y no hacían más que corroborar lo que ella desde que vio esos ojos sabía.

Y había visto que a Rocío le faltaba aun un largo camino por recorrer, una carrera de fondo en la que ella permanecería a su lado. Y había traído el Topamax porque sabía que no quedaba en el psiquiátrico y había ordenado borrar la inscripción del cajón para que no desorientase aun más a chicas como aquella (y como ella en el pasado) que buscando su lugar en el mundo habían tomado la senda de la perfección, esclavizando así su cuerpo a los designios de una mente enferma que obviaba la imposibilidad de su meta. Porque llegar a ser una princesa no es difícil en una sociedad que superpone el físico a lo que en realidad hace valiosa a una persona, y no cualquier físico, sino uno por el que se lucha de manera enfermiza. Porque es necesario mostrar a esas y otras chicas que ser una princesa no merece la pena, pues encerradas nadie podrá admirar su belleza, su nobleza y, sobre todo, el reinado de felicidad que al curarse irradian. Y por eso valía la pena regresar todos los viernes a aquel lugar, pues el escalofrío que le provocaba se le olvidaba con la sonrisa de alguno de aquellos ángeles

perdidos, con el brillo de unos ojos que encontraban un nuevo sendero por el que caminar.